

el señor de Lespare, y en recuerdo de su glorioso pasado, tenemos por él, en el fondo del corazón, un sentimiento que es más que de la piedad, y por vos, señora, una alta estima que Nos parece difícil explicar á consecuencia de hechos que nos han sido comunicados y probados.

De lejos, perdido entre la gente, el duque de Torino asistía á esa entrevista y pensaba:

— ¡Qué acogida tan diferente entre ella y yo!... ¿Se sospechará alguna cosa?.. ¡Ah! ¡ese Pietri me llena de zozobra con sus historias de aparecidos!... Constancia será mía, yo la deseo... Pero, puesto que tengo ahora un año por delante, la bella Ouvalia será la interina y me ayudará á tener paciencia.

Mientras tanto, la condesa respondía al rey:

— Doy gracias á Vuestra Majestad, y le juro que es una persona irreprochable, una madre cuyo hijo no tiene por qué enrojecer, que le dice: « ¡Señor, el momento se acerca, la verdad está en camino! Suceda lo que quiera, las buenas palabras de Vuestra Majestad quedarán siempre grabadas en mi corazón. »

— Id, señora, y no os alejéis de palacio sin preveniros... El rey... sabedlo, sufre cuando castiga, como es dichoso cuando tiene que recompensar.

IV

LA CÓLERA DE LUIS XV

En el momento en que la condesa iba á marcharse, también del brazo de Rohán, prodújose un gran movimiento contrario á los usos en presencia del rey, pero cuya causa era sólo una ardiente curiosidad.

Un paje acababa de pronunciar:

— El príncipe Karazal, hospodar de Moldavia, y la princesa Ouvalia.

Y, efectivamente, precedidos por Gherlor, que les servía de introductor, los dos extranjeros acababan de entrar en el gran salón de recepciones, y se acercaban al trono en medio de gran concurrencia de caballeros y damas; pues la sala de baile había sido abandonada por los más empedernidos, para escoltar á los orientales. Otro móvil había producido también aquella entrada en masa: acababan de dar las once, y estaban descansando las músicas de Rameau, cuando el programa indicaba que á esa hora debía darse ante el rey el bailable compuesto especialmente para aquella circunstancia.

No hacía falta esta última diversión para que acudiese toda la corte. Bastaban los orientales. En realidad, en memoria alguna de cortesano, no habían visto nunca un príncipe extranjero tan soberbio, y, en cuanto á la joven princesa, su belleza impecable, su aire de confianza en sí misma se ganaban todos los sufragios.

El Hospodar era un personaje de elevada estatura, y de fuerza poco común, al parecer... Representaba haber pasado ya de los cuarenta años; pero, bajo su tez bronceada, detrás de una barba á la valaca, y los sedosos bucles pardos de su cabellera, no se podía precisar con exactitud su edad.

Llevaba un traje de corte fantástico, pero de riqueza también fantástica y constelado todo eso de pedrerías. De su cinturón de filigrana de oro, pendía de una cadanita espolvoreada de chispas de diamantes, un alfanje de hoja más afilada que la de una navaja de afeitar, con puño adornado con perlas de tamaño y oriente sin precio.

Pero, si sobre el príncipe caían todas las miradas femeninas, ¿qué diremos del entusiasmo del sexo fuerte por la encantadora joven?... Así como el padre imponía, así Ouvalia parecía ser la forma precisada del más delicioso de los sueños. En una casaca de raso anaranjado, salpicada toda de rubíes, se unía su falda de seda verde esmeralda con fajas de oro. Hombros y brazos le quedaban al descubierto, sin ninguna joya: pero su blancura láctea emocionaba y sorprendía. De sus rubios cabellos, de un color de nube atacada por

el sol poniente, salía una diadema soberbia cuya base se unía en la frente por medio de un solitario monumental, á cuyo lado hubiera parecido pequeño el Regente. Pero lo que nadie dejó de ver á primera vista, y que causó profunda sorpresa, era ver que aquella princesa de Bohemia llevaba una condecoración que se parecía muchísimo á la de los caballeros de la orden de San Luis.

Dos caballeros del séquito del príncipe, uno alto y otro bajo, y vestidos poco más ó menos como él, marchaban detrás.

Al cruzarse el cortejo de los dos orientales con la condesa de Lespare que, acompañada del duque de Rohán trababa de perderse entre la multitud, pues no podía ir á las entradas, por hallarse éstas obstruídas por la gente, muchos creyeron ver que los príncipes se inclinaron ante ella.

Finalmente, los recién venidos llegaron hasta las gradas en que acababa de levantarse el rey para hacerles los honores.

— Sire, dijo el marqués de Gherlor, he aquí á mi ilustre amigo el príncipe Karazal y á la perla de Jassy, la princesa Ouvalia, que usted me ha autorizado á presentarle.

— Príncipe, pronunció el monarca, tendiendo la mano al hospodar que, inclinado, la besó, sea usted bienvenido. En cuanto á usted, princesa, añadió, dirigiéndose á Ouvalia, que se sonrojaba, ya que su vista es un encanto de los ojos, haremos cuanto de Nos dependa para que su permanencia en la corte sea arga y agradable.

De pronto, su mirada cayó sobre la condecoración, y pareció sorprendido. En efecto, la orden de San Luis no tenía en el mundo hermana alguna cuyas insignias fuesen similares. Mas el rey no se atrevió á interrogar y prosiguió galantemente, pues la graciosa joven era muy de su agrado:

— Si todas las damas de su país son la mitad de bellas que usted, quisiéramos reinar en Jassy.

Tras los grupos, cuyos oídos no perdían una sola palabra de tan favorable acogida, como tampoco perdían los ojos un detalle de la escena, el duque de Torino devoraba á la princesa, diciendo para sus adentros:

— Mi amigo el rey es hombre de buen gusto. Esta princesa bohemia, como dice Pietri, es sumamente tentadora. Pero ¡diavolo! ¿á qué se deberá tan extraño parecido?... Si mi bella Constanza hubiese viajado por Moldavia, me inclinaría á creer que nó ha sido el difunto Tortillard el único mal paso, y que ella ha otorgado también sus favores á ese hombre... ¿En qué estoy pensando?... ¿Qué locura!.. ¡El caso es que la niña me gusta y me hace falta!

Luis XV había mandado sentar en su trono á los orientales, honor particular.

— ¿Le agradaría, princesa, preguntó inclinándose hacia Ouvalia, asistir á una diversión algo imprevista? Tenemos la suerte de poseer en este momento zingaros y bailarinas del Norte...

— ¡Sire!..

— ¡Basta!.. será usted obedecida... Y que puedan

las danzas y la mímica hacerle creer que continúa usted aún en su bello país de Oriente.

Á una seña del rey, se mandó que se sentasen las damas en un ancho espacio que había quedado libre. Detrás de las butacas, los señores se apoyaban de codos, en pie.

Entonces, de un ramillete de verdura en que estaban escondidos los músicos, subieron los acordes del preludio y, de repente, treinta encantadoras bailarinas de la Ópera, vestidas de bohemias y flamencas, saltaron al espacio reservado.

No haremos la descripción del bailable, que fué tan divertido como todos los espectáculos de ese género. Por otra parte, la presencia de los orientales y la actitud refrigerante de Luis XV para con el duque italiano, hizo fracasar su mejor efecto. Quizás se recuerde que la Marieta, la graciosa bailarina que se había fijado un momento en Gonzalvo, y gracias á la cual la baronesa Regina de Espineuil había podido reconocer á su singular amante de otros tiempos; la Marieta, decimos, debía representar mímicamente un paso nuevo, añadido especialmente por el libretista cortesano, para captarse las simpatías del amigo del rey. Á decir verdad, no carecía de originalidad el tema y, á no ser por la imprevista variación del barómetro de la corte, estaría llamado á obtener éxito legítimo. Las villas flamencas, representadas por las más lindas mujeres del cuerpo de baile, asistían atentas á la lucha de dos mimos cuyos disfraces figuraban respectivamente, uno,

el uniforme del mariscal de Sajonia, y el otro, el duque de Cumberland.

La victoria parecía indecisa, cuando, abriéndose paso á través de las asombradas bailarinas, sobrevenían Koenigseck, el viejo general austriaco, y el príncipe de Waldeck, que mandaba las fuerzas holandesas.

El mariscal de Francia, sorprendido por estos dos recién venidos, tenía que batir en retirada y perecer. De repente, la Marieta, vestida de elegante italiano, surgía ante los últimos, detenía su marcha, los combatía y los hacía huir; luego, se escapaba humildemente, en tanto que las villas flamencas venían á inclinarse ante el trono, como para someterse. La apoteosis figuraba la libertad y la alegría de las villas conquistadas. Para imitar al rey, que durante todo el baile había estado conversando con el duque de Richelieu, todos los cortesanos se guardaron bien de fijar demasiado la atención en el espectáculo; sólo los dos orientales y la señora de Lespare, es decir aquellos cuyo interés debía de ser el menos excitado, no dejaron perder la menor alusión. Por supuesto, que el duque de Torino habría aspirado voluptuosamente todo el incienso; pero su placer se vió corregido y como disminuído por la demasiado visible indiferencia del rey. Así que se hubieron eclipsado las bailarinas, levantóse Luis XV, como dando la señal de la terminación de la sujeción que su presencia imponía, y los caballeros y damas jóvenes lanzáronse en alegre enjambre á la sala de baile en donde los músicos de Rameau atacaban un minuete.

Por eso, el salón del trono se vió casi inmediatamente vacío. Sólo quedaban junto al rey los extranjeros y el duque de Richelieu, y, á respetuosa distancia, la señora de Lespare con los oficiales de mosqueteros y los dos caballeros moldavos del séquito del príncipe.

— Sire, dijo Enriqueta, que no estaba muy tranquila en su papel de Ouvalia, agradezco á Vuestra Majestad su graciosa y amable sorpresa.

É, inclinándose respetuosamente, añadió, señalando á Constanca:

— ¿Me autoriza Vuestra Majestad á llevar algunas palabras de consuelo á aquella señora que parece padecer?

— Vaya, princesa... ¡ Tiene usted muy buen corazón!.. dijo el rey, cuyos ojos se dirigieron una vez más á la condecoración que adornaba el cuerpo de la extranjera.

— Es raro... murmuró.

— ¡ Inexplicable!... apoyó Richelieu: es la propia condecoración de San Luis.

— ¿ Quién habrá podido dársela?

— No sé; á menos que sea el viajero Gherlor... Pero no para ahí la singularidad, Sire. Yo no he estado nunca en Moldavia, que yo sepa, y, sin embargo, no me es desconocida esa joven.

— ¿ En dónde ha podido usted verla, duque?

— Es lo que estoy buscando... y lo encontraré... Debería de estar vestida de otro modo, y eso es lo que me desorienta...

- ¿De otro modo?
- Tal vez, pero no menos extraño...
- ¡Oh! ¡oh! ¿Si será en la feria?
- Quizás... Vuestra Majestad me abre un horizonte.

Esas pocas frases habían sido cambiadas rápidamente y en voz baja, de manera que no las oyese el príncipe Karazal, que era el único que estaba lo bastante cerca para entender su significado.

Al ver al monarca volverse hacia él, dijo á su vez el hospodar:

— Esta noche de fiesta y de placer, Vuestra Majestad me ha concedido el honor de recibirme como amigo...

El supuesto príncipe moldavo no se cuidó de disimular la voz, y, á las primeras palabras, el rey había aguzado el oído, mirándole estupefacto.

— Si alguna vez, continuó Lespare, sin darse cuenta del efecto producido, si alguna vez, un día de batalla, el rey necesitase mi brazo y mi espada, el huésped de hoy se trocaría en aliado, en soldado, orgulloso de combatir ante los ojos de Luis XV.

El efecto producido por esa voz en el oído del duque acababa de impresionarlo del mismo modo que el del rey, que, comprendiendo en seguida el juego en que había sido víctima, se levantó furioso.

— ¡Mala peste! exclamó Richelieu riendo. Sire, su capitán de mosqueteros no hace, como todo el mundo creía, una incursión en el reino de las tinieblas, sino que ha ido á la conquista de un trono.

No necesitaba ser atizada la cólera de Luis XV.

— Señor de Lespare, gruñó con voz contenida y temblorosa por la emoción: ha recurrido usted á una mentira audaz, para que le abran las puertas del Palacio. En este momento está usted representando una comedia que puede serle fatal.

Richelieu dejó ver una sonrisa de impertinente ironía. En cualquiera otra parte, eso hubiera valido una buena estocada al nieto del gran cardenal; pero ese hombre singular que fué toda su vida el Cupido de su siglo, sabía no aventurarse demasiado, aunque no por ello pudiera negársele cierto valor.

El conde sabía que se hallaba en demasiada mala situación para agravarla dando alguna importancia á aquella risita tan fuera de lugar, y limitóse á responder con dignidad:

— Suplico humildemente á Vuestra Majestad se digne creer que nunca he tenido intención de faltar al respeto que se debe á la persona real.

Conviene indicar que, como ese coloquio se efectuaba en voz baja, ninguno de los personajes presentes en la sala se había conmovido, á no ser Jarnac y Chaminade que, disfrazados de señores moldavos, parecían adivinar que ocurría algo insólito, y se habían acercado un poco.

— En este momento, continuó Luis XV, muy incomodado, está usted ultrajando á la persona real; y, si aparte del duque que nos oye, uno solo de los gentilhombres que nos rodean, tuviera la menor sombra de sospecha de lo que ocurre, no saldría usted de aquí más que para entrar en la Bastilla!..

El nombre de la célebre fortaleza hizo poner mala cara al duque de Richelieu, que recordaba haber sido huésped en ella.

Enderezóse el conde de Lespare. La amenaza, lejos de asustarle, produjo en él efecto estimulante:

— Están en juego mi honor y mi vida, dijo dignamente; ya fui una vez acusado y castigado injustamente; suplico á Vuestra Majestad que no me prive de mi libertad... Pues, ¿qué medios tendría para rehabilitarme, sin ella?

— ¡ Señor, el rey no puede prestarse á tan grotesca comedia!... Señor de Richelieu, vaya usted en busca de nuestro capitán de guardias.

— ¡Quédese, duque! ordenó atrevidamente Lespare.

Y, dirigiéndose al rey, estupefacto ante tanta audacia, añadió:

— ¡Sire, antes de que sus guardias me echen la mano encima, juro que esta fiesta se trocaría en tragedia mortal y sangrienta!..

— ¡Desgraciado!... ¿Se atrevería usted á atentar contra Nuestra persona?

— ¡Lejos de mí esa idea, Sire!

— ¡Basta de razones! No puede estar más establecido el crimen de Lesa-Majestad, y la Cámara ardiente no hará sino cumplir con su deber entregándole al hacha del verdugo, así como al señor de Gherlor y á su hijo, que no ha temido burlarse de Nuestra persona, presentándose á esta fiesta en traje femenino.

— ¡Ese traje es el suyo, Sire!.. La señora de Lespare y yo no tenemos más que un hijo, que es una hija.

— ¡Y una muchacha lindísima, por cierto!.. dijo Richelieu, que podía pasar por árbitro en la materia.

El rey estaba completamente desorientado.

— ¿Una hija?.. repetía; en ese caso, ¿y el alférez Enrique?

— ¡Era ella!

— ¡Cómo! ¿Teníamos una mujer en la compañía de mosqueteros?

— ¡Perdóneme Vuestra Majestad!

— ¡Ah! exclamó el duque, tocándose la frente: ¡ya caigo! ¡esta familia de Lespare sobresale en el arte de disfrazarse! Antes de ser hospodar de Moldavia, el conde se mostraba en la feria bajo la piel de cabra del tío Lanlire, el mismo que le ha regalado el águila de dos cabezas...

— ¿Será verdad?

Luis de Lespare inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— Y la bella princesa Ouvalia, continuó Richelieu, la misma á quien ni Vuestra Majestad ni yo hubiéramos podido tomar por mujer bajo su uniforme de alférez, tiene derecho á lucir la venera de San Luis, que tanto nos ha sorprendido ver en su cuerpo, pues no es otra más que la señorita de Flamberge, la joven y heroica profesora de armas, cuyas últimas hazañas entusiasmaron á la Corte y á París.

El rey permaneció silencioso unos instantes... La doble revelación acababa de herirle de modo tan imprevisto, que había en él una mezcla de admiración é irresolución en las miradas que dirigía de reojo á la

condesa de Lespare y á su hija, tan brillantemente trajecada á la oriental.

Al fin, pareció decidirse :

— Sea como fuere, dijo altivamente, como esta comedia es un insulto al que el conde de Lespare ha creído deber añadir una amenaza, nos debemos á Nos mismo el castigar.

— ¿ Amenazar, yo, Sire? exclamó el conde ; tengo demasiado respeto á la autoridad real para permitirme que se ataque en lo más mínimo su prestigio ; pero apenas se hubiera dado la orden de detener al señor de Gherlor, á mi hija y á mí, nuestros tres cuerpos hubieran caído á los pies del rey, con el corazón atravesado por la hoja de nuestro puñal... Eso es lo que significaba la palabra tragedia que he dicho antes. Yo y los míos, Sire, preferimos morir á continuar viviendo como parias, bajo el peso de una infame acusación... Suplico á Vuestra Majestad que me deje buscar y presentar la prueba de mi justificación.

Por primera vez desde el principio de esta escena, alzó el rey el tono :

— ¡ Teniente Rohán !.. llámó.

Esto produjo el efecto de un trueno. Mientras el joven Rohán acudía á la orden y que Jarnac y Chamínade se acercaban, prontos á intervenir, acababan de relucir tres hojas de acero á la luz de las arañas.

Los dos orientales se habían armado de sus puñales y el marqués de Gherlor había desenvainado la espada.

Hubo un momento de estupor. En el pesado silencio que reinaba, el duque de Torino y todos los demás

miraban aquello con profunda sorpresa, y, de lejos, con las manos levantadas, unidas en un ademán de muda súplica, Constanca de Lespare parecía implorar al monarca. Durante un segundo, permanecieron todos en aquella posición ; luego, de los labios de Luis XV cayeron nuevas palabras, y hubo una expansión de alivio.

— Señor de Gherlor, queremos decir... continuó : tenga la bondad de servir de guía al príncipe y á la princesa. Procure que sus amigos vengan á vernos á Versalles mañana, en donde tendremos el gusto de recibirlos.

Luego, acercándose á la condesa, dijo para ella sola :

— Señora, acabamos de darle una gran prueba de estima y de simpatía. Esperamos que, para agradecerémoslo, se justificará pronto el señor de Lespare.

— ¡ Sire, respondió en el mismo tono la condesa : ofrezco en garantía á Vuestra Majestad mi libertad y mi vida ; pero, por mi honor de mujer, por mi honor de madre, juro que el señor de Lespare es inocente del crimen de que se le ha acusado !

— ¡ Quiero creerlo, señora !.. ¡ Hasta mañana !..

Y, en voz alta, añadió :

— Señores, el señor mariscal, muy enfermo, se ha mandado disculpar. ¡ Que mañana vaya todo el mundo á Versalles, para festejar á ese valiente sostén del Trono !

V

UN RIVAL DE CAGLIOSTRO

Así que se hubo retirado el rey, acompañado de los gentileshombres de su séquito, los oficiales de su cuarto y de los guardias, el conde de Lespare, comprendiendo que convenía ante todo el mundo, y sobre todo ante el duque de Torino, continuar desempeñando su papel de príncipe Karazal, para borrar todo lo posible el enfadoso efecto que hubiera podido producir la escena anterior, cuyo significado debía continuar siendo un misterio, fuése hacia la condesa de Lespare, y le dijo en voz alta, inclinándose:

— Señora, mi amigo Gherlor se ha servido enterarme de las desgracias que usted ha tenido. Tan inmerecida pena me induce á interesarme por usted más que por nadie, y puedo serle muy útil.

— Príncipe, dijo la condesa, adivinando que su marido hablaba más para los otros que para ella, puesto que había roto la salida del rey la etiqueta impuesta, damas y caballeros formaban ahora compacto grupo

en torno de los orientales, expuestos así á la curiosidad de todos. No hay que olvidar que, como en aquella época los medios de comunicación eran más que rudimentarios, la venida de un príncipe en traje exótico era un acontecimiento que rompía la monotonía de las costumbres de la corte. La bronceada tez del hospodar, su elevada estatura, la riqueza de su vestido, y sobre todo el sonoro timbre de su voz, maravillaba á las damas; pero, ¡qué diremos de la prodigiosa admiración de los caballeros por la preciosa compostura de la joven princesa, y por sus encantos físicos!

— ¡Jamás he visto flor tan rara!.. murmuraba el marqués de Croissy.

— ¡Es que, repuso riendo Estrée, el mantillo de sus tierras no es suficientemente rico para producir las tan raras!

— ¿No le parece á usted admirable, conde?

— ¡Superiorísima!

— ¡Fíjese en la grácil riqueza de su pecho!

— ¡Y el terciopelo de su piel!

— ¡Me la comería!

Enriqueta estaba torturada, y maldecía la sujeción de su papel de Ouvalia. ¡Cuán molesto se le antojaba el vestido, por demás discreto, de la princesa moldava!... Á la última é irreverente salida del teniente general de Croissy, sus ojos lanzaron tal brillo de furor, que Santiago de Courten se estremeció.

Éste no estaba en el secreto de la última transformación; pero esa mirada no le parecía extraña, y,

desde entonces, observó más atentamente á la princesa. Estrée tampoco se cuidó de dejar escapar esta muda reprobación.

— Tenga cuidado, que la niña oye, y si tuviera uñas...

— Sólo es de temer el agujón, replicó Croissy, rompiendo á reír, y no hay más que Francia para producir fenómenos como la señorita de Flamberge.

— En cuanto á eso, es cierto: la preciosa mano y el delicado brazo de esa niña, se verían muy turbados si tuviesen que manejar una espada.

Así se escribe la historia... Si se hubiera dicho á aquellos señores que la á quien así trataban era precisamente la popular maestra de armas, ninguno lo hubiera creído, porque, á juzgar por ellos, la señorita de Flamberge debía de tener brazos nudosos y bíceps descomunales.

Mientras se cambiaban esas conversaciones, el príncipe Karazal, hablando todavía con la condesa de Laspere, continuaba:

— Señora, en la muerte del conde Luis veo algo raro, y también en los sucesos que han precedido á esa muerte, aún inexplicable. Ya sabrá usted que el Oriente es el país de los misterios.

— ¡Oh! ¡ya lo creo! aprobó Gherlor. He oído decir que los zíngaros poseen el don de doble vista y de adivinación.

— Eso es indudable, afirmó Ouvalia.

— Pues bien, yo, que le estoy hablando, fui enterado muy joven de sus ritos y ceremonias... y lo

mismo mi hija; y, en nuestro país, ambos tenemos fama de leer los pensamientos más recónditos. Tal vez, á fuerza de paciencia y tenacidad, podamos llegar á descubrir la verdad.

— Lo podremos, certificó tranquilamente Ouvalia.

— Tenga, pues, confianza, señora, en S. M. Luis XV y en sus huéspedes, que le son y le serán muy fieles.

Hubo algunos aplausos discretos, y se deshizo el círculo.

La brutal acusación lanzada contra el capitán de los mosqueteros negros, y sobre todo su misteriosa desaparición, estaban grabadas todavía en todas las memorias. Después de la evocación de esos recuerdos, y ante la promesa precisa y un tanto diabólica de aquellos extranjeros, entre los compañeros de armas del desaparecido, sus mujeres y sus hijas, no quedaba uno solo indiferente. Gonzalvo de Torino era el único que apenas saboreaba la idea de una nueva inquisición, y en tanto que Santiago de Courten pensaba:

— ¡Diablo!.. ¡He ahí dos forasteros que me desagradan sobremanera!

El duque se decía:

— ¿Adónde habrá ido el marqués á buscar á esos bohemios? ¡Demonio! el príncipe moldavo me parece muy al corriente de lo que pasa lejos de su casa. ¿De dónde sale ese afecto tan pronunciado á la viuda?

Aprovechando el que estaban un poco menos rodeados de gente, pues el baile habíase llevado á muchos de los que se habían complacido en escucharlos, Constancia de Laspere murmuró muy bajito:

— Ten cuidado, Luis... tiemblo ante la idea de que puedan reconocerte. Si ese hombre pudiera sospechar quién eres, sería capaz de haceros asesinar á los dos, á favor de la multitud, y yo no podría hacer nada para salvaros ni á Enriqueta ni á ti... Ese miserable duque me asusta.

El de quien ella hablaba, aprovechándose precisamente en aquel momento de que se habían aclarado las filas, se acercaba. Sentía la sorda hostilidad de todos contra él, y quería hacer frente á la tempestad que veía nacer. Mala idea fué esa. El príncipe, que le volvía la espalda, tuvo en cierto modo intuición de que podría oírle, y dijo:

— El señor duque de Torino la solicita en matrimonio, señora... No se apresure usted para casarse... En mis viajes, primero á Módena y luego á Inglaterra, he sabido muchas cosas que no carecen de interés... Permítame que las aclare, y prométame no dar su palabra hasta haberme vuelto á ver.

Gonzalvo no pudo menos de estremecerse. En Módena, lugar de su nacimiento, aquel príncipe, indudablemente demasiado curioso, habría podido ponerse al corriente de la falsedad de su título nobiliario. Y en Inglaterra, ¿qué podía haber sabido, á no ser los sospechosos comienzos de su actual fortuna? No obstante, no quiso dejar vislumbrar nada de su natural temor, é intervino, esforzándose en bromear:

— Soy ese duque de quien tan ligeramente habla usted, príncipe, dijo.

Karazal se volvió hacia él:

— ¡Ah! ¿Estaba usted ahí? Siento que mi opinión le desagrade, pero no puedo destruirla.

— Si esas palabras hubieran sido pronunciadas en presencia de Ouvalia, Gonzalvo se hubiese ofendido; pero la joven princesa se paseaba un poco más lejos, del brazo del señor Brionne, y como el objeto de su nuevo amor naciente no se había enterado de la conversación, se esforzó por sonreír, teniendo la epidermis á prueba.

— Al oírle á usted, príncipe, se creería que he cometido un crimen, y que va usted á aportar muy pronto la prueba. Permítame decirle que soy amigo del conde de San Germán, que pasa por ver el diablo en persona... Las predicciones de ese incomparable adivino asombran á casi todo el mundo, y, sin embargo, á mí me dejan del todo indiferente.

— ¿Tan incrédulo es usted, señor duque?

— Tengo esa desgracia, ó esa fortuna.

— ¿Me permite intentar una prueba?

— ¡Con muchísimo gusto, si estos caballeros y estas señoras hallan en ello distracción!

En efecto, algunas parejas se habían acercado.

— Por mi parte, continuó el duque, no temo nada ponerme á sus órdenes, pues no creo nada en esas cosas... Mire, pongo buena voluntad... ¿Quiere usted leer las líneas de mi mano, para mayor facilidad?... ¿Cuál quiere usted, la derecha ó la izquierda?

Esa guasa del italiano le atraía partidarios. Allí había buen número de parroquianos de la casa Trompette, ante los cuales quería hacer prueba de escepticismo.

— No me hacen falta sus manos, dijo tranquilamente el príncipe. Me son indiferentes los instrumentos que trabajan sin saberlo. ¡Yo interrogo y mando!

— ¿Y de dónde lo sacará usted?

— De su pensamiento.

— En ese caso, ¿es usted más poderoso que Cagliostro? El pensamiento puede estar murado...

— No tanto como usted cree; el muro tiene claraboyas, que son sus ojos... Sírvase simplemente mirarme de frente, señor duque, voy á leer en su alma como en un libro abierto.

Se volvieron á estrechar las filas.

Las damas temblaban un poco al acercarse la manifestación de lo maravilloso que se preparaba; pero, aunque la más encantadora mitad del género humano es tímida, ¡le gusta temblar!

Ésta es una sensación que tiene su voluptuosidad.

— ¿En mis ojos? repitió Gonzalvo, con menos seguridad.

— Ya le he dicho que ese es mi libro... ¿Tiene inconveniente en abrírmelo?

El duque había salido al encuentro de ese experimento, acaso algo desconsideradamente. Ya no podía retroceder.

— Bueno, dijo. Semejantes tonterías están hechas para impresionar á los espíritus débiles... ¡Yo no lo soy!.. Lea usted, pues, en mis ojos, señor Satán...

El príncipe pareció recogerse un instante, luego miró á su individuo, y empezó, con voz clara, mientras que se contenían todas las respiraciones:

— ¡Ya no le pertenece su pensamiento!.. ¡Yo sondeo su secreto!.. Actualmente se encamina hacia un pueblecito del Norte, en la frontera... ¿Es verdad?

— Continúe, príncipe: ya que me abre usted tan bien, haría yo mal en dejarle en mal lugar, negándolo.

— Luego... ¡no niega usted! en un modesto cuarto de albergue... un hombre lee una carta... Esta carta está escrita en lengua distinta de la que se habla aquí. Por fortuna, yo soy políglota... voy á traducirla... Es una orden de llevar un despacho á un general... austriaco... El hombre va á quemar la carta... no... no la quema... la esconde preciosamente en su cartera...

Al oír este detalle, el italiano se estremeció y desvió instintivamente la cabeza. La voz del príncipe se volvió incisiva:

— Míreme, pues, señor duque, acaba de cerrarme el libro... Ya que desafía mi brujería, ¿qué tiene que temer?... ¡Ah!... ya veo la continuación... Su pensamiento vuelve á hallar á ese hombre ante el único camino posible para llegar hasta el general austriaco... Pero este camino está en las líneas francesas... se halla guardado... Y, sin embargo, hay que pasar... De lo contrario, la lucha sería desastrosa para los ejércitos aliados... el hombre ha de pasar, ¡aunque sea al precio de un crimen!.. Tiene un puñal... sabe manejarlo... Hiere traidoramente... cobardemente... y franquea el paso... ¡El espía se ha convertido en asesino!..

El duque de Torino tuvo tiempo de reponerse, y por eso interrumpió con gran sangre fría:

— Príncipe, lamento no poder aprobar su pretendida ciencia. Le he dejado hablar para no quitar á estas señoras nada del placer que parecen saborear al oír su pequeña historia. Pero, por desolador que pueda parecerle, no he seguido con el pensamiento á ningún hombre capaz de cometer tal trama de infamias. Creo que semejante miserable ha salido cubierto de crímenes de su imaginación demasiado fértil; porque, afortunadamente para el género humano, no debe de existir ningún ser lo bastante vil para haberle servido de modelo.

Y dicho esto, marchóse, contento al ver alargarse las caras y de haber vencido al moldavo, y satisfecho de haber tenido el suficiente dominio de sí mismo, para parar el ataque. Claro es que no se le ocultaba que en la persona de aquel exótico acababa de surgirle un enemigo temible. Ya fuera por medio de la ciencia adivinadora, ya de otra manera cualquiera, el caso es que el bohemio le había descubierto. Pero de aquellas palabras, que se las llevaba el viento, á la exhibición de pruebas contra él, había una distancia enorme. El conde de Lespare era el único que hubiera podido atestiguarlas, y ese único testigo dormía en tierra flamenca; de eso no tenía Gonzalvo la menor duda, porque, de vivir Lespare, no hubiera osado la condesa revelar sus amores con Tortillard. La señorita de Flamberge, el ex-alférez Enrique, ése, sí, vivía; pero su ausencia probaba que estaba enfadado por la conducta de su madre y, además, como estaba prisionero, nada pudo ver ni oír. Sólo quedaba el comprometedor

papel de que había hablado el príncipe. Al llegar al extremo del salón, Gonzalvo abrió la cartera, para asegurarse de que la carta continuaba allí, y se prometió quemarla al llegar á la casa de Trompette.

El señor de Brionne llevaba á la princesa á su padre. Ésta había conquistado el corazón del joven oficial hablándole de Gisela de Gherlor, y prometiéndole que influiría con el marqués, para que le concediese su mano. Al abordar al príncipe, que estaba á solas con el marqués de Gherlor y con la condesa Constanca, oyeron que Lespare decía á esta última:

— Ese condenado tiene un poder de voluntad increíble; sin embargo; es menester que yo le arranque su secreto!

— Ese secreto no es para usted, dijo amablemente Ouvalia al oído de su pareja. Váyase, señor de Brionne, yo hablaré por usted, como hemos convenido

El joven se retiró, después de besar la mano de la princesa, y ésta dijo al oído al príncipe:

— Padre, he espiado de lejos al duque de Torino, mientras tú le recordabas sus malas acciones. Al oír que tenías conocimiento del papel guardado en su cartera, se ha estremecido... Déjame obrar á mi modo; ya que ahora no soy mujer de espada, sino mujer de corte, voy á imitar los numerosísimos modelos que tengo ante los ojos y á dejarme cortejar... ¡Dentro de una hora te entregaré al italiano, atado de pies y manos!..

— Créame, Luis, aconsejó el marqués de Gherlor, no es dando tiempo á ese hombre para recobrar su

sangre fría, como conseguiremos una revelación; es menester que se halle bajo el imperio del odio ó del amor y que haya perdido toda libertad de obrar ó pensar.

— ¡Oh! ¡no, no! suplicó la condesa. ¡Mi hija no puede oír las conversaciones de amor que saldrán de los labios de ese malvado!

— ¿Por qué?... dijo Enriqueta. ¡Si precisamente cuento con eso!.. ¡Es un nuevo deporte!.. Espero no mostrarme en él inferior á los demás, y creo que tendré buen resultado, no lo duden ustedes.

— ¡Eh! Ahí vuelve. Sin duda produce su efecto el espejo para cazar alondras.

El príncipe moldavo no podía permanecer más tiempo aislado de los demás invitados. Tanto para dejar el salón real, como para dar á Ouvalia toda libertad de obrar con el duque de Torino, que, en efecto, se acercaba, dijo en voz alta á Constanca:

— ¿Quiere la señora condesa de Lespare concederme el honor de aceptar mi brazo? Soy extranjero, y, en medio de tan brillante multitud, temo verme algo desorientado; pero, con tan graciosa guía, desafiaré todas las miradas, que, lejos de dirigirse hacia mí, estoy seguro de que se fijarán en mi encantadora compañera.

Y en voz más baja añadió, mientras que Jarnac y Chaminade, tranquilos ya, seguían á los oficiales mosqueteros hacia la sala de guardias:

— ¡Constancia, por favor, acude á toda tu energía! Recuerda que eres hija de Calonne, y deja que Enri-

queta proceda como quiera. Por ella, no hay nada que temer: ¡es una verdadera Lespare!

— ¡Ah! murmuró, desfalleciente, la condesa. ¡Si este suplicio hubiese de durar una hora más, me volvería loca!.. ¡Mi hija escuchar las conversaciones de ese miserable! ¡qué vergüenza!..

Pero tenía que responder para los oídos que estaban en acecho. Y, aceptando el brazo de su marido, lo hizo en estos términos:

— Estoy á sus órdenes, príncipe. Permitame que le agradezca sinceramente el interés que demuestra por una pobre mujer.

Gonzalvo cruzaba con ellos; con aire desenvuelto, dirigió esta pulla:

— Creo que no estará usted enfadado por haber hecho fracasar su ciencia, príncipe. ¿Qué quiere usted? ¡Soy rebelde á toda sugestión!

Y, sin esperar la respuesta de Karazal, que le miraba altivamente, añadió, inclinándose ante Ouvalia:

— Princesa, solicito el favor de bailar con usted el próximo minué.

— Acepto, señor duque, aunque soy muy torpe y novicia para permitirme figurar en medio de las elegantes parejas que son admiración de toda la corte!

Constancia, su pareja y el marqués de Gherlor acababan de pasar á un salón contiguo. Ouvalia y Gonzalvo se quedaron, pues, solos.

Ante la tímida observación de la joven, el italiano respondió:

— El adorable encanto que emana de su persona

toda, hará palidecer de envidia á todas esas damas amaneradas y pintadas ridículamente.

— ¡ Cuán duramente las trata usted !.. ¡ Eso es un crimen de lesa-galantería !

Los ojos de Gonzalvo no podían apartarse del rostro de Ouvalia, y lanzaban llamas tiernas. Como la vista de Constancia le había hecho olvidar todas sus precedentes víctimas, así Ouvalia le hacía olvidar á su vez á Constancia y el peligro de su situación.

VI

ARMAS DE MUJER

— ¡ Mira ! exclamó Jarnac, apareciendo con su *alter ego* á la puerta del salón, en el momento en que Ouvalia, con su mano colocada en la del duque, la franqueaban en sentido inverso ; ¡ el buitre y la paloma !

— ¡ Oh ! no te preocupes, repuso Chaminade : ¡ es fácil que veamos á la paloma comerse al buitre !

Decir que los dos maestros de armas se encontraban bien en aquella brillante reunión, donde sus raros trajes los convertían en objeto de curiosidad, sería disfrazar un poco la verdad. Cualquiera otro medio les hubiera parecido preferible. Por otra parte, para sostener el personaje que representaban, estábales prohibido hablar con quienquiera que fuese, pues la lengua francesa no les debía ser familiar. Esa constricción había martirizado á Chaminade en dos ó tres circunstancias, en que lindas parejas, acercándose para verlos más de cerca, les habían dirigido alguna que otra indirecta. Pero como la consigna les obligaba

á no contestar, se veían forzados á hacer como que no oían. Al fin, llegó un momento en que se hallaban los dos á solas y podían salir de su mutismo.

— ¡Eh! querido, dijo malhumorado el tolosano: ¡tener que aguantar en este sitio con nuestros vestidos estúpidos! ¡Debemos tener un triste aspecto!

— Nada de eso, repúsole su viejo compadre, que, colocado ante un espejo inmenso, se admiraba tranquilamente. ¡Yo me encuentro magnífico! ¡Ah! ¡Si siquiera pudiera responder á lo que me quieren decir todas las damas que hay aquí! ¡Cuidado que me miran! ¿No lo has notado, mi noble amigo?

— ¡Presuntuoso!... No he visto más que los regimientos de botellas que están como de parada en el comedor... ¡Cuernos de Satán! Si me dejasen mero-dear por ahí, Jerónimo, sembraría cadáveres!

— ¿Por qué no vas?

— ¡Cierra el pico, caramba!.. ¡Me harías cometer una locura!.. El capitán ha dicho: Jarnac, no bebas nada; necesito de toda tu sangre fría... Así es que no hay que beber nada...

— ¡Oh! exclamó el de Cevennes, que apenas había escuchado esa cantilena, cuyo estribillo le era harto conocido; si me dejasen forrajear en ese seductor batallón femenino, ¡cuántas víctimas no haría!.. Pero, lo mismo que á ti, me ha dicho el capitán: ¡Nada de aventuras galantes, pues podrían perjudicarme!..

— ¡Diablo!.. ¡Todos sabemos que tu agraciado físico revuelve todas las faldas!

— Es verdad, Fileas. ¡Y qué lástima no poder apro-

vechar! Mis labios arden en deseos de besar tan frescos hombros.

— ¡Yo también besaría á gusto!..

— ¡Hola! ¡hola! ¿Te calientas, trozo de hielo?

— Sí, daría á gusto un buen abrazo á una hermosa...

— ¿Tú?

— ¡Sí, querido... á una hermosa botellá cuyas transparentes enaguas de cristal me dejarían ver la sangre generosa de la vid!.. ¡Ay!.. ¡Cómo me molesta esta barba!.. ¡Me voy á afeitarse!

— Y yo también... ¡Así, al natural, soy aún más guapo mozo!

De común acuerdo, ambos acababan de quitarse la barba postiza. No pudieron ver que les observaba un caballero en quien, de no volverle la espalda, hubieran reconocido á Pietri Pertuso, el hermano de leche del duque de Torino. Hacía un buen rato que los seguía Pietri, y acababa de pararse al oírles hablar.

— ¡Oh! ¡oh! dijo á parte; los oficiales del séquito del príncipe hablan francés entre ellos; eso es sospechoso.

— Querido, decía precisamente en aquel momento Jarnac, la facción puede ser larga. Por lo tanto, voy á dar una vueltecita por el sitio en donde se puede beber.

— Y yo, sin desobedecer al capitán... voy...

Pietri acababa de reconocerlos.

— ¡Jarnac! ¡Chaminade! exclamó con voz ahogada. Los dos amigos tenían buen oído.

— ¡Alguien! ¡Cuernos de Satán! gruñó el gascón,

volviendo á ponerse precipitadamente la barba. ¡ Volvamos á emplumarnos para no ser reconocidos, Jerónimo!

— ¡Andemos listos, mi noble amigo; el imprudente va á abordarnos!

— ¡Hay que contestarle en moldavo, de lo contrario, estamos perdidos!.. ¡Qué mala ocurrencia ha tenido el capitán en no enseñarnos el idioma!

— Haz lo que yo; vamos á parar la estocada hablando como los cosacos del czar Pedro, que vino á París en tiempos de la Regencia, ¿te acuerdas?

Al principio, Pietri quedóse estupefacto ante su descubrimiento; pero, luego, se repuso y se adelantó, radiante. Creía tener en la mano la venganza.

— ¿Vuestras Excelencias deben de estar muy desorientados en la fiesta? se atrevió á decir, afectando muestras de profundo respeto.

— ¡Vaya al diablo el preguntón! gruñó en voz baja Jarnac, sin responder... ¿Y cómo hablaban las gentes del czar Pedro, querido?

— Todas sus palabras terminaban en *off*, en *sky*, en *ska* ó en *eche*...

— ¿No entienden ustedes francés? preguntó Pietri que les oía murmurar, pero sin entender sus palabras; no importa, señores, yo puedo conversar en su lengua nacional.

— ¡Carapel! gimió á media voz el gascón; ¡si sabe más que nosotros mismos, estamos lucidos!

— Empieza tú, le dijo Chaminade; yo te ayudaré. Demostremos á ese ganapán, que no ha podido fre-

cuentar la corte, que no ha sido descuidada nuestra instrucción noble.

— ¡Cuidado, pues! Ya empiezo...

Entonces, ahuecando la voz, que ya era de por sí atrozmente sonora, Jarnac dijo al importuno:

— ¡*Diabloskoff!*..

— ¿*Quiereustesky?*.. apresuróse á decir el de Cevennes.

Y ambos hicieron una horrible mueca, que quería ser una sonrisa discreta.

Pietri Pertuso tuvo que hacer todos los esfuerzos del mundo para permanecer serio. No le era difícil comprender el esfuerzo intelectual que acababan de realizar los dos maestros de armas para no quedarse chiquitos ante su indiscreta curiosidad. Y, para apurarlos un poco, dijo entre alto y bajo, pareciendo monologar, pero en realidad hablando para que le oyesen:

— ¡Es raro! ¡No comprendo las respuestas de estos señores!.. Es fácil que se expresen en un idioma más rebuscado que el del vulgo... ¡En medio de todo, quizás estos dos moldavos no sean sino dos intrigantes!.. Sin embargo, me gustaría saber qué funciones desempeñan cerca del príncipe.

Chaminade dijo á su amigo, dándole un pisotón:

— ¡Desconfía, Fileas! ¡Este animal debe de tener alguna mala idea!

— Voy á contar mis palabras y á hacerle saber que soy oficial...

— ¡De boca!..

— ¡Eso es!

— ¿Se decidirán á enterarme? dijo guasonamente el italiano.

— ¡Yo, explicó dignamente Jarnac, llevándose una mano al pecho, *grandosof oficialdosoff de bebertor para emborrarcharmosky!*

— ¡Qué raro!.. exclamó Pietri; ¡ahora he comprendido perfectamente!.. ¿Gran oficial en la sección de borrachos?.. ¡Lindo puesto!.. ¿Y el señor?

Chaminade contestó:

— *Jefesof delegado en el princeska palazzo.*

— ¿De veras? ¿Algo así como un vigilante jefe de harén?.. No se aburrirá usted mucho á diario, ¿eh? ¡Ah! ¡cuán interesantes funciones confía el príncipe á sus oficiales!

Sólo entonces se percataron los esgrimidores del tono burlón del italiano.

— ¡Caramba!.. Si nos ha descubierto el hijo de aquel miserable de Genaro, va á prepararnos algo de su cosecha... ¡Abramos el ojo, amigo!

Como su compadre, también temía el de Cevennes una nueva traición; pero convenía que no la conocieran, pues, para el confidente del duque, como los dos maestros habían acudido á un disfraz para introducirse por sorpresa en un baile de la Corte, era preferible dejarlos en su engañosa seguridad, y aprovecharse de ella para perderlos.

En efecto, ¿qué defensa podrían evocar, si él, el confidente del amigo del rey, les denunciase como dos conspiradores dispuestos á atentar contra la vida del monarca?... El rey no estaba ya allí, es cierto; pero

podrían estar mal informados respecto á la hora de la aparición del soberano en la fiesta... Además, ¿los dejarían defenderse?... Una buena carta los enviaría á pudrirse en los calabozos de ese Châtelet con que él mismo había sido amenazado por su amo. Luis XV, que se decía que era valiente en el campo de batalla, pero cuyo espíritu tímido en la vida privada era conocido, no podría menos de rechazar todo indulto á los que hubieran puesto en juego su existencia. Por otra parte, ¿podría negarse cualquier cosa, fuera lo que fuese, al salvador de la monarquía? ¿á la imaginación perspicaz cuya penetración hubiera evitado el luto á Francia, conservando la vida al Muy Amado? Fundado en estas reflexiones llenas de promesas, Pietri Pertuso consideró inútil proseguir la conversación, y se eclipsó pensando:

— ¡Si lo consigo, el duque y yo nos veremos!

— ¡Alerta! dijo Chaminade siguiéndole. Midamos nuestros pasos, Fileas.

Jarnac se apresuró á imitarle, diciendo:

— Tienes razón, hijo mío... ¡Es mejor no perder de vista á ese bribón!

Los salones se habían vaciado sensiblemente, después de la marcha de Luis XV; pero la animación era aún más alegre, pues los que quedaban constituían la parte joven de los invitados. Las parejas, cansadas de bailar, descansaban, conversando graciosamente.

Sin sorprenderse por la fácil aceptación de Ouvalia, pues poseía la exagerada fatuidad de hombre de buena suerte, el duque de Torino evitó de asustar á su baila-

rina, precipitando bruscamente sus declaraciones amorosas. Por violento que para él fuera aquel nuevo flechazo, no podía conducirse con aquella princesa de casa reinante como con sus antiguas conquistas.

Además, ya que tenía un año entero por delante para obtener su enlace efectivo con la viuda de Lespare, ¿por qué no había de tratar de sustituirla por aquella seductora joven que llevaría en dote á su futuro, no sólo una fortuna seguramente superior á la de los Calonne, sino también el derecho á un trono? ¿No sería coronar dignamente su obra, el llevar á buen fin tal empresa? Ocupadísimo como estaba por el modo de emprender tan grande negocio, Gonzalvo había permanecido casi silencioso durante toda la duración del minué; pero en cuanto callaron los violines, considerando que sería torpe demorar el ataque, decidióse á emprenderlo, con la pesadez de todos los bellacos cuyo físico constituye todo el talento.

— Princesa, dijo, ofreciendo el brazo á Ouvalia: ¿es cierto que no le soy del todo indiferente?

La joven no pudo menos de sonreír.

— Es usted modesto, señor duque, repuso simplemente, pero subrayando el doble sentido de la frase.

— ¿De verás? ¿Seré lo bastante feliz para tener un puesto en su corazón?

— ¡Oh! ¡Cuán pronto es usted!.. ¡yo no he dicho nada!

— Perdóneme, princesa. Sus ojos tan buenos y dulces me hacían creer que yo la había inspirado un sentimiento que es más que amistad, y...

— No puedo decirle todo lo que pienso, interrumpió ingenuamente Ouvalia. Y, manejando el abanico, bajó la voz, para añadir, velando púdicamente sus largas pestañas:

— Pero no puedo prohibirle que trate de comprender lo que pasa en mí, y el sentimiento que hay en mi corazón...

Al hablar así, estaba divinamente bella. Á lo menos, esa fué la opinión de Gonzalvo, que exclamó:

— ¡Oh! en ese caso, no imponga silencio á su corazón, princesa, y sepa bien que mi vida le pertenece.

— Sí, señor duque, acentuó maliciosamente la joven: en efecto, su existencia entera debe pertenecerme... ¡Tenga paciencia!.. Por ahora, no puedo decirle nada... En cuanto regresemos á nuestro país, comunicaré sus sentimientos al príncipe... Ese buen padre me quiere tanto, que me dejará responder á usted como debo.

El italiano quedó confuso.

Para convencer á sus anteriores víctimas, no había necesitado devanarse los sesos; pero se confesaba, no sin estupor, que esa princesa oriental acababa de inflamarse por él con una rapidez de que no conocía ejemplo. Se trataba de saber aprovechar ese ardor tan propicio para sus intereses.

— Por ver realizarse el hermoso sueño de no separarme de usted, dijo arrebatado, me someteré á cuanto su voluntad me ordene... ¿Qué prenda de mi amor y mi constancia quiere usted?

Eso era precisamente lo que esperaba Ouvalia.

— Estamos en una fiesta, dijo, sonriendo, la falsa princesa lejana; no tenemos notario real que levante acta de su promesa, señor duque, y es una gran lástima, pues yo hubiera aceptado gustosa un compromiso escrito... Mas ¡no importa! Déme su palabra de caballero de no faltar nunca á lo que usted acaba de decir, y júreme que al primer llamamiento acudirá hacia mí.

— Con alegría hago el juramento que me pide, querida y bella princesa. Á la primera requisitoria, sean cuales fueren los peligros que correr, volaré, sin aguardar un minuto, al lado de la que es mi alma.

— ¡Oh! ¡qué bien miente usted! dijo lentamente y entre suspiros Ouvalia, fingiendo súbita tristeza.

— ¿Yo? preguntó, sin comprender, el duque.

— ¡Ay! ¿De quién hablo, pues?... Antes de ese juramento, creía yo en usted, y ahora veo que es como todos esos caballeros ligeros y despreocupados que tienen el amor en los labios, pero cuyo corazón es incapaz de un sentimiento puro y sincero.

— ¡Ah! Princesa, ¿qué puede hacerle suponer?... ¿Qué prueba quiere usted?..

— Ninguna, señor duque... ¡Soy cruelmente castigada!.. ¡Me ha engañado usted!..

— Una vez más, le aseguro...

— No asegure nada, gimió Ouvalia, volviéndose un poco para llevarse el pañuelo á los ojos, movimiento que le permitió disimular una sonrisa de satisfacción. No afirme nada... Sé que pronto va usted á casarse con esa señora que estaba ahí hace un momento... Es muy bella, y debe usted de amarla...

— ¡Celosa! pensó, deslumbrado, Gonzalvo... ¡Esta joven es una brasa!.. ¡Ahora ya es mía!..

Y, haciendo un ademán de negación, enérgico, exclamó:

— ¿Amarla yo? ¡Oh! ¡no! princesa; yo tenía una ligera inclinación hacia ella; pero ¿puedo recordarla, ahora que amo á usted?... Á usted sola quiero, Ouvalia, y me vuelve usted loco!.. En mi país, el corazón habla mucho y fuerte. ¡Á veces, habré podido ilusionarme: pero hoy estoy ya seguro para siempre!.. ¡No se ama dos veces como yo la amo: usted será mi mujer!... Dígame lo que hay que hacer para convencerla, princesa...

Sin duda por primera vez en su vida, Gonzalvo de Torino, eterno engañador de mujeres, hablaba con verdadera sinceridad. Había amado como demoniaco, nunca con el corazón, sino con el ardor de los sentidos, y, una vez satisfecho, se había desviado, desengañado.

En aquel momento, su pasión era muy distinta, no tenía la brutalidad de la que le había hecho arrojarle en brazos de Constancia de Lespare; estaba idealizada y era ferviente. Y la disfrazada belleza de Enriqueta era lo que acababa de hacer sucumbir á aquel tenorio. Su castigo estaba próximo, puesto que la fatalidad acababa de uncirlo al carro de la que, no teniendo para él sino odio y desprecio, había jurado su pérdida.

— ¿Qué le importa una promesa más ó menos?... dijo tristemente Ouvalia, contestando á la última pro-

posición del duque; ¡ la mujer que pasa le hace olvidar la que ya ha pasado!

— Desengañese... dijo el duque, con pasión. Por mi honor de caballero, le firmaré el compromiso de consagrarle mi vida, y mi sangre, si es preciso!

— ¡ Bueno, conforme! exclamó radiante la joven. Le creo... pero tenga cuidado, duque... Si llega usted á faltar á la fe jurada, no le salvarían de mi venganza ni el espacio, ni el tiempo, ni protección alguna. Un hombre mío, uno de nuestros zingaros, fiel y cariñoso, le seguiría paso á paso hasta el día en que el puñal ó cualquier otra arma administrase justicia al perjurio! En mi corazón, puedo afirmárselo, duque, hay por usted un sentimiento cuya ardiente naturaleza le será revelada... más adelante... Pero, á partir de este mismo instante, ¡ me pertenece usted!.. Tome sus tablillas, añadió en tono de mando.

El duque obedeció, sacando las tablillas de un bolsillo interior de la casaca, toda bordada de oro.

— ¿ Está usted?

— Estoy á sus órdenes.

— Entonces, escriba: « Yo, Gonzalvo, duque de Torino, juro por mi fe de caballero, correr al llamamiento de la... princesa Ouvalia, para buscar la... que se me ha prometido y por cuyo cumplimiento sacrificaré toda mi vida... ¿ Está escrito? ¡ Firme!.. Ahora, á mí me toca.

Ouvalia se apoderó de las tablillas y escribió rápidamente, leyendo luego en voz alta, lo que sigue: « Por la fe de mis padres, juro llamar á mí, á mi

hora, el duque de Torino, y pagarle la deuda que en este día contraigo con él. »

— ¡ Tenga!.. añadió, arrancando del cuaderno la hoja que acababa de llenar, y tendiéndola al duque.

Gonzalvo se apoderó del precioso papel y lo cubrió de besos, sin notar que la joven, lenta y simplemente, sin afectación alguna, acababa de esconder las tablillas en su cuerpo.

— Ouvalia, dijo, alocado, el duque; abrevie mi suplicio; no me condene á una espera cruel, que su voluntad se incline ante mi amor... Divina encantadora, te has apoderado de mi razón, después de haberme robado el corazón y el alma... Te suplico, te ruego me digas cuánto tiempo ha de durar mi martirio.

— ¡ Duque Gonzalvo, declaró la joven, dando uno ó dos pasos hacia atrás; tal vez sea mañana, en Versalles, en presencia de mi padre, en presencia del rey de Francia y de toda la corte, cuando conozca usted mis verdaderos sentimientos y la suerte que le reserva... Ouvalia!

Y haciéndole con la mano una seña que lo mismo podía ser el envío de un beso que un gesto de amenaza, se lanzó á la pieza contigua, en donde se veía al príncipe rodeado de mucha gente.

VII

LA PIEL DEL LEÓN

Al principio, no se enteró el italiano de la desaparición de su cuadernillo. Estaba tan contento por el apasionado ademán que creía haber visto en Ouvalia, que daba vueltas y más vueltas entre sus manos á la bienaventurada promesa escrita por la princesa amada, promesa que debía darle al mismo tiempo amor, opulencia y dominación. Pero se dió al fin cuenta de que no podía continuar teniendo siempre en la mano aquel papel, prenda de su felicidad futura, y, después de besarlo, echó la mano bajo la casaca para buscar en el bolsillo el cuaderno, único escondite propio para sustraer á las miradas el importante escrito. De los bolsillos salió su mano, sin haber podido encontrar lo que buscaba.

— ¿ En dónde he podido poner las tablillas ? dijo, palpándose el vestido.

Aun no tenía inquietud alguna, ni se daba prisa... Pero llegó á enfadarse por sus inútiles investigaciones.

Á poco se quita el traje, para registrarlo más fácilmente. De pronto, exclamó sordamente :

— ¡ Demonio ! mi cartera ha quedado en manos de la princesa. Si por curiosidad ó por celos va á abrirla, no encontrará seguramente en ella una carta de amor, sino algo más terrible para mí : la orden del general Cumberland, que me comunicaba instrucciones poco antes de la batalla de Fontenoy.

— ¡ Qué necio soy, por no haber destruído esa prueba que puede perderme !

Si Gonzalvo no había hecho desaparecer aún ese papel, es porque, jugando á dos cartas, pensaba, en caso de no tener éxito en la corte de Francia, servirse de él para ser bien acogido en los medios ingleses.

— ¡ *Diavolo !*.. exclamó, mirando en torno suyo : ¡ pensar que ese secreto mortal está en manos de una mujer !

Sobresaltóse y dió un salto de costado, porque una voz acababa de preguntar :

— ¿ Qué secreto, Excelencia ?

Era Pietri Pertuso. Gonzalvo, algo tranquilizado, dijo sin responder :

— ¡ Parece que estás muy satisfecho, Pietri !

— ¡ Satisfecho ! ¡ Ya lo creo ! replicó el consejero íntimo, que lo hubiera estado menos, de haber notado que su amo y él eran espiados por los dos viejos esgrimidores, ocultos tras las columnas. Figúrese, *signor*, que al fin tengo mi venganza.

— ¿ Qué venganza ?

— ¡ La mía ! ¡ la suya !

— ¿Cómo?

— En este momento, Su Majestad Luis XV está ya enterado de haberse organizado aquí un complot, esta noche, contra su seguridad, por el supuesto príncipe.

— ¿Si el rey no está ya aquí?

— ¡Qué importa!.. ¡El hecho de haber urdido un regicidio no deja por eso de existir! Todos los cómplices de regicidio son condenados á descuartizamiento en la Plaza de la Greve.

— ¡Caracoles! murmuró Jarnac, sin dejarse ver, el miserable se deleita ya al pensar en nuestro fin anticipado y desgraciado.

— ¡Ah! somos muy dignos de compasión, suspiró seriamente Chaminade.

— ¡Por fortuna, el bribón no sospecha la jugarreta que le prepara Jarnac!

— ¡Ca! ¡No! ¡No la sospecha! exclamó su eco.

— ¡Chitón!.. ordenó el duque, mirando en torno suyo, me ha parecido oír suspirar.

Pietri imitó el movimiento y, al no ver á nadie, declaró:

— ¡Son los violines!

— Puede ser... Díme, Pietri, lo que me explicas me confunde... De modo que ese príncipe, es falsificado...

— No puede ser otra cosa, *signor*; puesto que los dos oficiales de su séquito no son otros más que nuestros viejos enemigos Jarnac y Chaminade.

— ¡Viejos!.. gruñó, ofendido, Fileas: ¡Viejos ha dicho el muy granuja! ¡Eh, Jerónimo!..

— ¡Ya pagaré esa ofensa con las demás, mi noble amigo!

— Ahora, sí que no me equivoco, interrumpió, inquieto, el duque. Han hablado cerca de nosotros.

Después de una nueva ronda por el salón, en donde los dos parecían estar muy solos, Pietri volvió á decir:

— Nos suenan los oídos, Excelencia.

— Tal vez... ¡Por menos se preocuparía uno!.. Es decir que los profesores de armas...

— Se han disfrazado con barbas postizas y vestidos que les conducirán adonde yo quisiera verlos... ¡Si niegan haber tenido malas intenciones, el tormento les obligará á acusarse!.. Me falta saber quién es ese intrigante que se hace llamar Príncipe Karazal, y, sobre todo, quién es esa moza que se llama princesa...

— ¿Crees que ellos también...?

— Hasta tener pruebas de lo contrario, me temo las peores cosas...

Gonzalvo se mordió el bigote. Poco le faltaba ya para pensar que había sido burlado y que la promesa de la « Bohemia » no tenía más valor que el de una hoja seca, moneda corriente del demonio á quien había comparado á su padre.

— ¡Diablo! gimió, furioso; ¡esa muchacha tiene en sus manos mis tablillas! ¡Si no es princesa, se ha burlado ignominiosamente de mí!

— ¡Eso es más que probable, *signor*! Pero su descontento es exagerado... ¿Qué le importa, en medio de todo, que esa supuesta zingara se haya apoderado de su cartera?